

Lo mejor de nuestro lenguaje nos convierte en los peores adiestradores

Dedicados a sus nuevos cachorros, John y Linda no podían pasárselo mejor en la clase de adiestramiento de perros. Acudían a las clases con gran entusiasmo, se reían de mis chistes (son buena gente), hacían los deberes y sentían un cariño inmenso por su nueva golden retriever. “¡Ginger, ven!” , dijo John llamando a su perra durante un ejercicio de memoria. Pero Ginger acababa de descubrir que en una mesa contigua había trozos de hígado y no movió ni una oreja. “Aquí, Ginger”, repitió John, que concluyó con un: “Vamos, buena chica, ven aquí, hacia aquí”. Las enérgicas indicaciones de John sólo sirvieron para dejarlo sin aliento y con un creciente sentimiento de frustración al comprobar que no lograba convencer a Ginger para que dejase los trozos de hígado de encima de la mesa. Pero la perra no ignoraba aquella serie de ruidos interesantes emitidos por su desafortunado dueño. Lo más notable sobre esos ruidos es que eran muy variables. Para quien no conozca el idioma que habla usted, “Ven aquí” no se parece en nada a “¡Ginger, ven!” , pero los humanos parecen decididos a usar tantas palabras como sea posible para la misma orden.

Si se detiene a pensarlo, lo encontrará lógico. Uno de los aspectos más impresionantes de nuestro lenguaje es su flexibilidad. Analice todas las maneras en que podemos decir lo mismo: “Ven aquí”, “Hacia aquí”, “Vamos, a mi lado”, “Ven”, “¡Acércate, Ginger!” y muchas más. Este abundante festín de palabras es una bendición para nosotros pero resulta una maldición para nuestros perros. El aprendizaje de un idioma extranjero ya es lo suficientemente difícil sin necesidad de que la palabra que se está aprendiendo cambie de un minuto a otro. ¿Qué haría usted si la palabra de un idioma extranjero que está tratando de aprender cambiase aleatoriamente? Probablemente haría lo que hacen muchos de nuestros perros, que es simplemente dejar de escuchar.

Casi todos los libros que se han escrito sobre adiestramiento de perros aconsejan a los dueños de los animales elegir órdenes simples y utilizarlas de un modo consistente, y casi todos los dueños de perros del mundo

entero quebrantan esa norma una y otra vez. ¿Cómo puede llegar a ser tan idiota la especie más inteligente del mundo cuando se trata de respetar una norma tan simple? Pienso que, como mínimo, las razones son dos. En primer lugar, los humanos utilizamos continuamente sinónimos y aprender a emplear la misma palabra de un modo consistente para dar una orden es algo que va contra nuestra naturaleza. El intercambio de palabras ofrece grandes ventajas: nos brinda un nivel de matices y refinamiento que nos enriquece. Pero qué reto debe suponer para nuestros pobres perros vivir en el equivalente de una cultura extranjera y que sus anfitriones utilicen diferentes palabras para la misma cosa. Lo sorprendente es que nuestros perros no salgan pitando hacia las colinas más próximas.

Una segunda razón por la que podemos ser tan ineptos en la elección de una única orden verbal es que casi todas las especies animales, desde las amebas unicelulares hasta los mamíferos complejos, presentan un comportamiento denominado “acostumbramiento”. El acostumbramiento se produce cuando un organismo (o incluso una única célula) comienza a pasar por alto algo que sucede una y otra vez sin ninguna consecuencia relevante. Esta reacción es considerada como una forma simple de aprendizaje que prácticamente se observa en todos los animales. Por ejemplo, explica por qué uno no oye el tren después de llevar varios meses viviendo junto a las vías. Y a ello se debe también que las parejas que pasan momentos difíciles puedan soportar los continuos reproches que se dirigen mutuamente. Y podría ser la razón por la cual su perro ni siquiera levanta la vista si usted dice “Ven” muchísimas veces y después se aleja impotente ante la falta de respuesta por parte del animal. El animal aprendió que el sonido “Ven” es como el murmullo del viento en los árboles y él debe prestar atención a ruidos más relevantes, como el de un coche que se acerca por la calzada o el del tintineo de las llaves.

Los animales pueden incluso actuar inconscientemente para evitar el acostumbramiento. Esto podría explicar la razón por la cual algunas especies de aves varían las notas de sus cantos. Y podría ser otro motivo por el que los humanos cambian con tanta facilidad de una palabra a otra. Tal vez inconscientemente abandonamos un sonido (en especial si no funcionó) y tratamos de pasar a otro, ya sea para evitar el acostumbramiento.

to o con la esperanza de que el nuevo funcione mejor. Ésta es una buena teoría, pero finalmente se nos agotan las palabras y de todas maneras nuestros perros terminan por no hacernos caso. A pesar de la utilización imprecisa de las palabras que dirigimos a nuestros perros, existen muchas cosas que puede hacer para ayudar a su perro a entenderle y la mayoría de ellas no son difíciles ni requieren mucho tiempo.

Empiece por prestar una especial atención a las palabras que usa cuando se dirige a su perro. Incluso podría llegar a tomar nota de las que considere palabras de indicación. Sea específico acerca de cuáles son las palabras exactas que emplea. ¿Dice “Acuéstate”, “Al suelo” o “Abajo” o las tres cosas? Después de todo, palabras tan distintas en cuanto a significado como abajo y trabajo, por ejemplo, comparten una misma cadena de sonidos, pero para nosotros significan cosas muy diferentes. ¿Cómo se supone que su perro va a saber que “acuéstate” tiene el mismo significado que “suelo”? ¿Lo sabría usted si se lo dijeran en swahili?

Y piense también en cómo dice cada una de las palabras que utiliza para hablar con su perro. (Puede decir la misma palabra de una manera diferente y con un significado diferente, del mismo modo que todos sabemos cuándo susurran nuestro nombre con dulzura o cuándo lo pronuncian a gritos con irritación.) Pruebe a determinar la entonación del sonido de cada palabra cuando la dice. ¿Cuando dice “Abajo” eleva la entonación al terminar de pronunciar la palabra (como una pregunta) o desciende (como en la enunciación de un hecho)?

Comience escuchándose y pidiendo a sus familiares y amigos que presten atención a lo que usted realmente le dice a su perro. Al cabo de aproximadamente un día de realizar este experimento estará preparado para encontrar la solución. Casi todos hablamos a nuestros perros como si estuviésemos utilizando un diccionario de sinónimos, sustituyendo una palabra por otra para la misma orden. Antes de que llegue a rendirse, recuerde que es un ser humano y que eso es lo que hacen los seres humanos. Por otra parte, si advierte que es claro y consistente, entonces mayor será su autoridad, de lo cual puede felicitarse.

Si realmente trabaja en este experimento, grábese en vídeo o en una cinta magnetofónica. Pruebe a grabarse cuando no es consciente de que

está siendo grabado. Lo importante es ser totalmente claro en lo que dice a su perro, preguntándose cuál es el grado de coherencia que mantienen usted y el conjunto de la familia.

Una vez que su cerebro comience a prestar atención a lo que usted dice, con poco esfuerzo empezará a ser más coherente. Un método estándar y probado de modificación del comportamiento es pedir a personas que están siguiendo una dieta, tratando de dejar de fumar, etc., que lleven un registro de cuándo y qué comen o fuman. Sin siquiera intentarlo, la gente comienza a comer o a fumar menos simplemente porque se centra en su percepción de ese comportamiento en lugar de hacer algo sin pensar en ello. Por lo tanto, límitese a prestar atención y automáticamente llegará a ser más coherente.

En cualquier caso, ¿qué significan todos esos ruidos?

Si ha pensado en las palabras que utiliza para comunicarse con su perro, el próximo paso es anotar cuál es el significado exacto de las mismas. Dicho de otra manera, ¿qué quiere que haga su perro cuando usted le dice algo? Aunque esto parece muy simple, hasta los adiestradores profesionales se sorprenden cuando se sientan a escribir el diccionario de sus órdenes. Muchos ni siquiera tenemos claro en nuestras mentes lo que esperamos que hagan nuestros perros cuando les damos órdenes; por lo tanto, no debe sorprendernos que tampoco a nuestros perros les resulte claro.

Por ejemplo, muchos decimos “Abajo” para pedirle a nuestro perro que se acueste y diez minutos más tarde decimos “Abajo” para impedirle que salte sobre la tía Polly. Entonces, ¿qué es lo que quiere que haga su perro cuando le dice “Acuéstate”? ¿Que se acueste boca abajo? ¿Que deje de saltar y se quede quieto en el suelo? ¿Que baje del sofá? Por supuesto, usted sabe que la misma palabra puede tener diferentes significados en distintos contextos, pero se supone que nos proponemos facilitarles las cosas a nuestros perros y no someterlos continuamente a pruebas de inteligencia. La vida de su perro mejorará enormemente si

usted aprende a usar una orden diferente para cada comportamiento que espera de parte del animal.

El siguiente es otro ejemplo de la manera en que el lenguaje verbal confunde a nuestros perros. En la actualidad algo muy difundido entre los adiestradores es enseñar a los dueños de perros a pedirles a sus mascotas que se sienten y después elogiarlos diciendo “Siéntate muy bien”. Pero analice esas palabras desde la perspectiva del perro. Si “Siéntate” significa “Pon tu trasero sobre el suelo” y usted quiere que su perro lo haga cada vez que le dé esa orden, ¿qué podría interpretar su perro si escucha “Siéntate” después de haberlo hecho? Sé que su perro es inteligente, pero esperar de él que lea sus pensamientos cuando él sabe que “Siéntate” quiere decir “Haz algo”, pero usted lo dice para expresar “No hagas algo, porque ya lo has hecho, y lo has hecho bien”, es excesivo, incluso para el más listo de los canes. La reorganización del orden de las palabras es un cambio gramatical y pretender que un perro entienda las reglas de la gramática de los humanos es pedir la luna.

Yo volví locos a mis border collies durante algunas semanas tratando de enseñarles a esperar en grupo en la puerta y después salir uno por uno. Cada uno de los perros podía salir por la puerta después de que yo dijese su nombre seguido de la palabra OK. En cuanto decía “OK”, todos los perros se levantaban y avanzaban, fuese cual fuese el nombre que había precedido a la palabra. Sabía que les resultaría difícil, porque individualmente todos habían aprendido que “OK” significaba “adelante”. Pero pensé que si era clara y tenía paciencia los perros aprenderían a avanzar sólo si oían “OK” después de escuchar su nombre. Al cabo de dos semanas estaba desesperada y mis perros confusos. Pip estaba tan angustiada que comenzó a lloriquear debido a la tensión. Pip establece la conexión entre un sonido y una acción con mayor rapidez que cualquiera de los perros que he conocido, pero nunca podría entender que la palabra “OK” sólo se refería a ella si iba precedida por su nombre. Permanecía sentada esperando en la puerta y cuando yo decía “Luke, OK”, comenzaba a avanzar y luego retrocedía, evidentemente sin saber con seguridad cómo debía actuar, mirándome a la cara en busca de alguna señal, hasta que comenzó a mostrarse realmente angustiada. Prácticamente se cubría las

orejas con las patas. Ahora parece tan evidente que duele recordarlo. Si “OK” significaba que “todo está bien y ahora puedes levantarte”, es lógico que Pip respondiese cuando escuchaba la palabra. Por lo tanto, si su perro Chief puede captar la palabra “Siéntate” en medio de una frase, ¿qué hará cuando escuche “Siéntate muy bien” después de haberse sentado? Con Pip llegué a sorprenderme utilizando las palabras que emplearía si estuviese hablando con un humano y pienso que otros dueños de perros suelen reproducir este error.¹

El siguiente es otro ejemplo de nuestra notable habilidad para emplear las complejidades del lenguaje para confundir a nuestros perros. Muchísima gente dice a sus perros “No ladres” para pedirles que dejen de ladrar. Sin duda, “No ladres” suena como algo simple porque no son más que dos palabras cortas. Pero analícelo desde la perspectiva de su perro. En primer lugar, ¿le ha enseñado a su perro qué significa ladres? Después de todo, una palabra no es más que un ruido que usted hace y el ruido en sí mismo no tiene ningún significado para su perro hasta que no le ha enseñado qué quiere decir. El único significado intrínseco que podría tener para su perro es que usted se suma al coro de ladridos y, puesto que ladrar es contagioso, lo más probable es que eso estimule a su perro en lugar de tranquilizarlo.

En segundo lugar, analice el orden de las palabras: si primero dice “no” y después dice “ladres”, ¿su perro no se pondría nuevamente a ladrar si supiese el significado de esa palabra? Vuelve a plantearse el mismo problema que se presentaba con la frase “Siéntate muy bien”. “¡No ladres!” no es más que otro ejemplo de nuestra expectativa de que los perros entiendan que la primera palabra (no) cambia el significado de la siguiente (ladres). Conozco a algunos perros que realmente se quedarán en silencio después de que sus dueños les griten “No ladres”, pero decir “No” también habría funcionado.

Aunque sea claro y coherente con las señales, asegúrese de que su perro las define del mismo modo que usted. Por ejemplo, sospecho que

1. A propósito, ahora suelto a cada perro en la puerta pronunciando su nombre con voz cantarina. De esa manera los perros sólo tardan uno o dos días en aprender lo que deben hacer. ¡Qué alivio!

muchos perros y dueños de perros definen la simple palabra siéntate de manera diferente. Si usted es como la mayoría de los dueños de perro, habrá enseñado a su perro a sentarse pidiéndole que venga, pidiéndole que se siente y respaldando al animal después de haberlo hecho. Para nosotros “sentarse” es una postura. Definimos “sentarse” como una posición en la cual las ancas del perro están flexionadas, la parte trasera sobre el suelo y los cuartos delanteros rectos con las patas planas sobre el suelo. “Siéntate”. Algo muy simple. Y parece que su perro también lo define del mismo modo porque apuesto a que lo hace la mayoría de las veces que usted le dice que se siente. ¿Pero qué hace el perro si está acostado y usted le dice “Siéntate”? A menos que usted le haya enseñado específicamente a incorporarse, es probable que siga acostado. ¿Qué pasa si ya está sentado? Muchos perros en realidad se acuestan si se les repite “Siéntate” cuando están sentados. ¿Qué pasa si le pide a su perro que se siente cuando está a cierta distancia de usted? Si es como la mayoría de los perros, se acercará y se sentará delante de usted, tal como hizo la primera vez que le enseñó a sentarse. Apuesto a que la mayor parte de los perros creen que “Siéntate” significa avanzar hacia las piernas del dueño, pararse delante de él y acostarse parcialmente en el suelo.

Por supuesto, puede enseñar a su perro a sentarse sin acercarse a usted o a incorporarse. Pero la cuestión es que usted tiene que enseñarle. A menos que vaya más allá que la mayoría de los dueños de perros, es probable que su perro defina “Siéntate” de una manera diferente a como lo hace usted. Podría preguntarse con qué otras palabras lo definiría su perro. Recuerdo mi dibujo animado preferido en el que un perro sonriente y bobalicón decía: “¡Hola! Mi nombre es No, No, Perro Malo. ¿Y el tuyo?”.

Imagine qué se siente al ser el perro que está en el otro extremo de la correa, tratando continuamente de entender a un animal simpático pero raro: su dueño. Desarrollé una nueva perspectiva acerca de lo que se siente siendo un perro cuando pasé dos años trabajando para el profesor Charles Snowdon en el Departamento de Psicología de la Universidad de Wisconsin en Madison tratando de traducir las señales de un diminuto animal sudamericano llamado mono tití cabeciblanco. Estos primates del

tamaño de una ardilla y sumamente sociables viven en medio de una densa vegetación y han desarrollado un impresionante repertorio de vocalizaciones. Igual que su perro, los científicos sólo pueden suponer lo que realmente significan los ruidos de otras especies valiéndose de lo que sucedió antes y después de los sonidos que emiten como claves para interpretarlos. Pero incluso para un integrante de la especie más inteligente del planeta la traducción de esos sonidos es una tarea tremendamente difícil. Por ejemplo, los grupos de la familia de los monos tití emiten “largos reclamos” cuando oyen los sonidos de grupos vecinos. ¿Son esos sonidos mensajes para los otros grupos, para su propia familia o para ambos? ¿Qué significan? ¿Cómo lo averiguaría?

No es fácil traducir los ruidos de otras especies y puedo asegurarle que su perro realiza un gran esfuerzo para tratar de descifrar los suyos. ¿“Acuéstate, ACUÉSTATE” significa lo mismo que “Túmbate”? ¿“Ven” significa lo mismo que “A mi lado”? Sólo el hecho de pensar en la manera en que utiliza las palabras que dirige a su perro le ayudará automáticamente a reforzar su vocabulario.

Nunca repita una orden.

Nunca repita una orden.

Nunca repita...

Todos los dueños de perros que han leído un libro sobre adiestramiento han tratado, por lo general sin éxito, de seguir el consejo de no repetir órdenes. Según mi experiencia, una de las tendencias más universales de todos los seres humanos es repetirnos cuando le hablamos a un perro. Tenemos tanta propensión a la repetición que lo hacemos incluso después de que el perro haya hecho lo que le pedimos. “Siéntate, siéntate, siéntate”, dice Bob, pero el tercer “siéntate” lo dice después de que Max se haya sentado.

Un ejemplo de esta tendencia a la repetición es mi propio comportamiento la primera vez que me puse a trabajar con perros pastores. Imagine que sale a un gran campo y deja a su perro suelto en medio de

animales que son presas fáciles y pueden correr a unos 35 kilómetros por hora. Su trabajo es impedir que el perro se ponga a perseguir a las ovejas, ni al otro lado ni a este lado del cerco, ni en ningún otro lugar. En algunas situaciones la oveja comenzará a perseguir al perro. Suceda lo que suceda, un perro novato con un adiestrador novato es una garantía de descarga de adrenalina y, en cuanto las cosas comienzan a caldearse, igual que la mayoría de los adiestradores de perros pastores novatos, utilizo con demasiada frecuencia la orden “al suelo” como una especie de muleta para contribuir a frenar la situación mientras trato de resolver qué demonios debo hacer. (El pastoreo puede describirse como un ajedrez con piezas animadas y sólo fracciones de segundo para decidir y ejecutar la siguiente jugada.) Grito “¡Al suelo!”, y a continuación repito: “¡AL SUELO!”. En muy poco tiempo había enseñado a acostarse a Drift, mi primer border collie, de este modo: ¡al suelo, al suelo, AL SUELO!” Por lo que sé, el perro esperaba la señal completa para responder, porque no tenía manera de saber cuál era la unidad básica de la orden.

El análisis de los registros de adiestradores de animales de habla no inglesa, cuando trabajé en mi tesis doctoral, me enseñó lo difícil que resulta determinar la unidad básica de una señal. Si un pastor de ovejas vasco, hablando en euskera, ininteligible para mí, decía tres notas cortas, después hacía una breve pausa y volvía a decir lo mismo, resultaba difícil saber con exactitud cuál era la “señal”. ¿Eran las tres o cuatro notas cortas? Si todas las notas sonaban como “grf”, no podía decir necesariamente si “grf grf grf” significaba lo mismo que “grf”, sólo que repetido tres veces. Me esforcé denodadamente por tratar de averiguar cuáles eran realmente las órdenes de los pastores... y eso que creo pertenecer a la especie de los inteligentes.

La tendencia de los dueños de perros a repetir las señales es apabullante; en cualquier clase de adiestramiento a la que acuda oír a los dueños de perros diciendo “Ven” o “Siéntate” una y otra vez, mientras los instructores sonrían apretando los dientes después de haberles advertido: “Asegúrese de decir ‘Siéntate’ sólo una vez”. “Por favor, por favor, por favor —decimos repetidamente— ¡en esta ocasión trate de evitar decirlo tres o cuatro veces!”

¿Por qué los humanos nos sentimos compelidos a repetirnos, ensartando las palabras unas detrás de las otras como si fuesen las cuentas de un collar? Los integrantes de una especie que incluye a magos del lenguaje como Dickinson y Shakespeare deberían ser capaces de no caer en un parloteo estúpido. Sin embargo, caemos en ello a menudo y se me ocurre que no es porque seamos idiotas, aunque por la manera en que nos comportamos con nuestros perros a veces lo parezcamos. Con toda seguridad, una tendencia de comportamiento que está tan arraigada y es tan universal debe reflejar algo que es más que una simple obstinación. Para entender mejor esta cuestión podría resultar útil observarnos como primates. Si ve un vídeo sobre chimpancés comprobará que a nuestros parientes animales más cercanos les encanta repetir notas: “Ooo”, dicen. Y luego repiten “Ooo, ooo, ooo”. Y no sólo los chimpancés: la mayoría de los primates realiza vocalizaciones en las que repite una y otra vez notas similares. Los monos agitados por la presencia de ardillas llenan el aire con una variedad de gorjeos, parloteos y risas estridentes. Los monos capuchinos emiten jejs y jujs en rápidas cadencias. Los monos tití cabeciblancos que estudié con Charles Snowdon dicen con voz aguda “iii” cuando ven algo apetitoso como una larva de escarabajo, pero esa nota única se convierte fácilmente en un aluvión de “iii, iii, iii, iii, iii” a medida que su excitación aumenta.

Si la primera vez no tiene éxito, ¡grite!

No dejamos de repetirnos con nuestros perros. Tendemos a decir cada nota más y más fuerte. No decimos simplemente: “Siéntate, siéntate, siéntate”; decimos: “Siéntate, siéntate, ¡SIÉNTATE!” Y no sólo lo hacemos cuando hablamos con nuestros perros. Los investigadores lingüísticos han descubierto que cuando hablamos a alguien que no entiende lo que decimos tendemos a repetir exactamente lo que dijimos la primera vez, sólo que más fuerte.

Una estudiante de la Universidad de Wisconsin descubrió que los humanos hacemos exactamente lo mismo con nuestros perros. Para su

tesis de diplomatura superior, Susan Murray pidió a los dueños de perros que asistían a las clases de adiestramiento de cachorros que dijese a sus mascotas que se sentasen. Tal como sucede en la comunicación humana, si el perro no se sentaba después de habérselo pedido por primera vez, el dueño repetía la señal, pero en dos tercios de los casos lo hacía en voz más alta que antes.

Nos comportamos como si el volumen de la voz pudiese generar la energía que necesitamos para estimular a nuestros perros para que respondan. Esta tendencia a levantar la voz parece formar parte de nuestra herencia de primates. No son muchos los animales que pueden competir con un primate excitado cuando comienza a emitir ruidos simples y ensordecedores (bueno, ahora me vienen a la mente los loros, que tampoco se quedan cortos). Los diminutos monos tití cabeciblancos con los que he trabajado eran capaces de hacer temblar las paredes con sus reclamos colectivos cuando pensaban que alguno de su grupo se encontraba en peligro. El ruido era tan ensordecedor que si uno se hallaba en la misma habitación le resultaba imposible concentrarse en algo. Nuestros parientes más cercanos, los chimpancés y los bonobos, son famosos por el crescendo de sus reclamos cuando se sienten emocionalmente agitados. Pero el ruido de los chimpancés no obedece sólo a la excitación. En el seno de un grupo de chimpancés, donde los machos siempre son conscientes de quién detenta el dominio y quién no, la capacidad de armar alboroto es más eficaz para ascender rápidamente en la escala social que comprarse un BMW. Jane Goodal describe el ascenso meteórico en estatus de Mike, un chimpancé que aprendió a reforzar sus fuertes aullidos durante las exhibiciones de dominio golpeando latas metálicas de queroseno. El alboroto que causaba impresionaba tanto a los otros machos que todos, menos el macho dominante, abandonaban inmediatamente la lealtad al líder que habían respetado hasta ese momento y se acercaban a él en actitud sumisa. Mike terminó siendo el macho dominante y su capacidad para alcanzar niveles de sonido propios de una banda de rock parece haber jugado un importante papel en su búsqueda de poder.

Nosotros también alzamos la voz más y más si no obtenemos la respuesta que queremos. Es como si tratásemos de lograr que suceda algo sólo

con la energía que ponemos en la voz. (Piense en lo mucho que se esfuerza por enseñar a su hijo para que no se quede de pie junto al teléfono gritando “Papá” o “Mamá” cada vez con mayor fuerza en lugar de ir hacia donde está usted.) Pero los perros no responden igual que los primates y, aunque un ruido fuerte puede sobresaltarlos y llamarles la atención, ello no significa necesariamente que sea eficaz para ganarse su respeto.

Los perros que ladran suelen ser perros asustados y, cuanto más fuerte ladran, más asustados están. Tenga presente que el ladrido es relativamente raro en los lobos, en especial en los adultos.² A los lobos adultos, con experiencia y seguros pocas veces se les oye ladrar; los que en algunas ocasiones ladran son los lobos jóvenes, por lo general en respuesta a una situación que su inmadurez les hace percibir como alarmante. En realidad, la tendencia universal a ladrar de los perros domésticos adultos es uno de los muchos indicadores del comportamiento que indica que los perros adultos son verdaderamente una versión juvenil de los lobos adultos. El ladrido parece ir dirigido hacia dos receptores diferentes. Por supuesto, uno es el intruso (“Te estoy viendo. No puedes esconderte de mí. ¡Es mejor que vayas con cuidado!”). El otro es la manada, que acude a toda prisa, respondiendo a la señal de peligro de uno de sus miembros.

Los perros que me producen escalofríos son los que gruñen de modo apenas audible, los que permanecen rígidos e inmóviles con los ojos clavados en mí casi en silencio. Si el ladrido se relaciona con un estado juvenil y sumiso, entonces es improbable que los perros interpreten nuestras exhibiciones vocales altisonantes como una expresión de dominio o que éstas les causen alguna impresión. En cambio, podrían considerarlas señales de miedo o de falta de control. En cambio, las personas que despiertan la atracción de los perros suelen ser lacónicas y hablan suavemente. Pienso que el hecho de que no “ladren” es percibido como una señal de liderazgo y que los perros se sienten atraídos hacia esas personas a causa de esa sensación de seguridad que emana de ellas.

2. En los lobos adultos se oye comúnmente el aullido, que actúa para comunicar el lugar en que se encuentra la manada. También cumple una función para mantener la cohesión del grupo, algo que me parece similar al papel que desempeña el canto en las iglesias o las salmodias tribales antes de salir de cacería.